

ALGUNAS ANALOGIAS ENTRE FEIJOO Y MONTAIGNE

Por Otilia LOPEZ FANEGO

Si tenemos en cuenta el móvil que les impulsó a escribir y los propósitos declarados con que lo hicieron, nada tan opuesto, a primera vista, como las intenciones de Montaigne y de Feijoo.

Admitiendo en todo momento la contradicción, concediendo siempre el hecho de poder estar equivocado, haciendo con frecuencia profesión de ignorancia, Montaigne insiste constantemente en que su obra es puro desahogo mental, mero pasatiempo, sin otro interés «sino privado» y sobre todo en que no pretende sentar cátedra, ni mucho menos influir en nadie. En cambio Feijoo, espíritu polémico y seguro de sí mismo, se lanza a procurar extirpar errores, a desarraigar prejuicios, a desterrar la rutina, luchando sin descanso por el triunfo de la razón sobre la ignorancia, por lo que ha podido ser calificado de «desengañador de las Españas».

En cierto sentido ambas actitudes son fruto de diferencias temperamentales, pero también producto de la época en que cada uno vive y actúa, en la que desde luego influye, a la vez que es influido por ella. Montaigne escribe a fines del siglo XVI, ya pasado el entusiasmo del primer Renacimiento, en plena reacción tridentina y sumergido en el caos de las luchas religiosas. Testigo de tantas atrocidades, lógicamente -y pese a su fe en el poder de la educación- se ha de reflejar en su obra una visión más bien pesimista del hombre y una prudente reserva en la ambigua enunciación de opiniones contrarias a las del ambiente dominante. Feijoo, por el contrario, cree en la necesidad de luchar contra la superstición y la ignorancia, en la eficacia de impugnar errores comunes y de oponerse a las tradiciones paralizantes a fin de destruir todo lo que sea obstáculo al

progreso. Y es que, no en vano, Feijoo está asistiendo al despertar y florecimiento del siglo de las luces.

Aparentemente pudiera parecer superfluo intentar relacionar a Feijoo con Montaigne; sin embargo, acaso no sea tan superfluo sino en apariencia. Ya hace tiempo, en 1922, que Víctor Bouillier advirtió que Feijoo había leído y citado a Montaigne y algo después, en 1936, Gaspar Delpy señaló las pocas veces que Feijoo menciona al Señor de Montaña (1).

Por nuestra parte hemos anotado algunos fragmentos en que se transparenta en la prosa de Feijoo el recuerdo del texto de Montaigne, aunque aquel no lo cite a cada paso. Pero no estará de más hacer constar que nada está más alejado de mi intención que tratar de demostrar una presunta influencia de Montaigne en Feijoo basándome en unos cuantos ejemplos que solamente evidencian similitudes de expresión o más frecuentemente de argumentos usados por ambos. El exclusivo placer erudito de acumular citas me parece un tanto ocioso. No quiero caer en la trampa que supone el dar por sentado que una semejanza expresiva implique el mismo significado en dos pensadores distintos. La misma cosa dicha por ambos tiene con frecuencia significaciones y sobre todo trascendencia y alcances diferentes. Baste recordar lo peligroso que es, para su recta interpretación, desgajar una frase de su contexto. Además hay que tener presente que muchas coincidencias entre Feijoo y Montaigne proceden sencillamente de fuentes comunes y por ello no me detendré en las numerosas citas y anécdotas que ambos recogen del pensamiento clásico y que figuran más o menos en otros pensadores desde el Renacimiento. Tampoco nos interesa destacar por sí mismas sus abundantes coexistencias temáticas ya que lógicamente habían de coincidir en gran parte de las materias unos pensadores que trataron infinidad de temas.

(1) V. VICTOR BOUILLIER, *La fortune de Montaigne en Italie et en Espagne*, París, 1922 y GASPARD DELPY, *Bibliographie des sources françaises de Feijoo*, París, Hachette, 1936, pág. 28, cuyas citas transcribimos: «MONTAIGNE.

T.C.II.8 § 9.- Le plus sérieux des animaux: l'âne.»

T.C.III.10. § 15.- Naïveté d'un paysan savoyard imbu de la puissance du duc de Savoie.

J.R.p. 58 et 59.- Accusé par Soto y Marne de s'être inspiré, pour ses réflexions sur la médecine, de plusieurs auteurs, parmi lesquels Montaigne et Molière, Feijoo répond en ce qui concerne Montaigne: «J'ai lu du Montaigne à un certain moment. Je n'ai pas Montaigne aujourd'hui mais je me souviens qu'il n'y a rien chez lui que l'on puisse appeler Discours sur la Médecine.»

C.E.IV.II. § 4.- Remarque très profonde de Montaigne sur les philosophes phisiciens qui se demandent comment se produit un phénomène, sans avoir soin de se demander auparavant: est-ce que ce phénomène se produit?

C.E.IV.a. § 23.- Feijoo, ayant lu dans une citation du marquis de Saint-Aubin l'anecdote plaisante concernant les cornes qui poussèrent sur le front de Cippus, roi d'Italie, recherche la source de cette étonnante anecdote. Il ne trouve pas trace du dénommé Cippus, roi d'Italie. En revanche, voici ce qu'il a lu dans Valère Maxime: «alors qu'un laboureur romain, Senucius Cippus, combattait les ennemis de la République, on vit apparaître sur son front des proéminences analogues à des cornes; ce qui fit augurer qu'il pourrait être roi de Rome, s'il le voulait; mais il n'y consentit pas, trop soucieux de la liberté de sa Patrie. Même histoire chez Ovide, au livre XV des Métamorphoses. L'unique différence est que Cippus avait vaincu les ennemis avant ce prodige. Or, Montaigne, raconte que Cippus, roi, après avoir assisté à un combat de taureaux et après en avoir rêvé toute la nuit, se réveilla pourvu de cornes.» Feijoo en conclut que celui qui rêva, ce ne fut pas Cippus, mais Montaigne.

V. también RICARDO SAENZ HAYES: *La posteridad de Montaigne en España*, in «Nosotros», 2ª época, I, 1936.

Así pues, lo que me propongo no es ni hacer un estudio comparativo del pensamiento de Feijoo y de Montaigne, ni un recuento exhaustivo de sus afinidades expresivas o argumentales, sino poner de manifiesto cierto parentesco intelectual -que no identidad- entre ambos pensadores, perceptible a través de algunas de las reminiscencias que de la lectura y meditación de los Ensayos se descubren en la obra de Feijoo. Centro mi atención no tanto en los temas, como en la manera de tratarlos y presentarlos, que es donde radica la auténtica originalidad de cada escritor y según este modesto estudio, la semejanza intelectual entre Montaigne y nuestro sabio benedictino. Porque como ya advirtió Montaigne, al interpretar su obra conviene «que no se detenga uno en las materias, sino en cómo dispone de ellas» (2) y porque parecidamente afirma Feijoo: «...la grandeza y pequeñez de un escritor no se debe medir por el tamaño del objeto que trata, sino por el modo con que lo trata» (3).

Lo primero que salta a la vista al leer a Montaigne y a Feijoo es la identidad de su postura intelectual, que se niega a admitir sin previo examen las opiniones comúnmente recibidas, tanto si emanan del principio de autoridad como si se trata de creencias o supersticiones del vulgo ignorante. Esta actitud es la clave, a mi parecer, de su semejanza intelectual, cualquiera que sea el tema abordado, si bien no sean siempre coincidentes, ni mucho menos, las conclusiones que ambos deduzcan de sus meditaciones.

Montaigne y Feijoo antepondrán su juicio y su experiencia a la autoridad y a la opinión común, lo cual no será obstáculo para que en apoyo de sus propias convicciones aleguen las «autoridades» que mejor les convengan en cada caso. Las abundantes citas e historietas que intercalan en su prosa están cuidadosamente escogidas, no para inferir de ellas sus opiniones sino para que corroboren sus asertos personales. No desempeñan papel principal sino subordinado; constituyen más que un argumento, una ilustración de sus propias tesis. La autoridad les sirve, no les fuerza.

Son sobradamente conocidas las invectivas que contra el principio de autoridad se hallan en Montaigne y en Feijoo, por lo que no allegaremos aquí todo lo que ambos dicen en contra de los argumentos basados en la autoridad o antigüedad de sus autores. Ahora bien, huelga decir que si bien Montaigne se limita a declarar varias veces que en materia de fe se somete a la autoridad de la Iglesia, Feijoo separa más claramente el campo de la razón del de la fe, ante la que se inclina y advierte repetidamente que sólo pretende opinar en aquellas materias que pueden juzgarse por la

(2) *Essais*, Livre II, chap. X, Vol II, pág. 318: «Qu'on ne s'attende pas aux matières, mais à la façon que j'y donne». Cito siempre por la edición de la «Imprimerie Nationale», París, 1962, 5 volúmenes.

(3) *Theat. Crit.* tomo IV, prólogo, citado por Miguel MORAYTA, *El padre Feijoo y sus obras*, Valencia, F. Sempere y Cia, pág. 41. Por nuestra parte las referencias que aparecen en este estudio aluden siempre a la edición de Clásicos Castellanos, Madrid, «La Lectura», Teatro Crítico Universal, I^o, 1923; II^o, 1924; III^o, 1925; *Cartas eruditas*, 1928.

razón. Tampoco nos detendremos en sus constantes denuncias contra la excesiva credulidad del vulgo. Más interés tiene comprobar que al preguntarse acerca del motivo que impulsa a los ignorantes a creerlo y a aceptarlo todo, ambos achacan precisamente la culpa de esta actitud a la fuerza de la rutina, derivada del principio de antigüedad. Así Montaigne afirma que: «Las leyes toman su autoridad de la posesión y del uso» (4) y parecidamente Feijoo: «La regla de la creencia del vulgo es la posesión» (T.C. V. III, pág.19). Al tratar de averiguar la causa de tantos errores, observa Montaigne que se deben principalmente a que «jamás se pone la mano allí donde residen la debilidad y el error; andamos siempre por las ramas» (5) y observa Feijoo: «La causa más universal de los errores comunes es que los más de los hombres no pasan con el discurso más allá de la superficie de las cosas» (T.C. V. II, pág. 44). Y por supuesto se oponen a la opinión del vulgo, que según dice Montaigne: «juzga acerca de la verdad no por el peso sino por el número de las opiniones» (6), y Feijoo: «El valor de las opiniones se ha de computar por el peso, no por el número de las Almas» (T. C. Iº, pag. 94). Porque como sugiere Montaigne: «los necios son más que los sabios en número» y «en cuanto a mí si no he de creer a uno, tampoco creeré a ciento uno» (7). Y Feijoo: «Los ignorantes por ser muchos, no dejan de ser ignorantes» (T.C.Iº, pag. 94) y «cien autores no son más que uno» (T.C.III, pag.81). Su probidad intelectual les hace reprobar la actitud de algunos que sin ser vulgo actúan como si lo fueran: «Unos -dice Montaigne- hacen creer al mundo que creen lo que no creen. Otros, más numerosos, se lo hacen creer a sí mismos» (8). Y paralelamente Feijoo: «...o creyeron más de lo que debían creer, o escribieron prodigios que no creían para que otros los creyesen» (T.C.III, pág.174). Ambos, espíritus mesurados y dispuestos a aceptar la discusión en términos razonables, convienen en asegurar que: «Quien defiende sus opiniones con jactancia e imperativamente, muestra que sus razones son débiles» (Montaigne) (9) y Feijoo: «Los que hacen la guerra con injurias muestran que carecen de mejores armas» (T.C.Iº, pág. 187). Entusiastas de la verdad, preferirán la duda a la afirmación infundada; así cuando acerca de un asunto no haya seguridad: «es preciso suspender el juicio» (T.C.II, pág.71), dice Feijoo. Como ya antes en circunstancias equivalentes había interrogado Montaigne: «¿No es mejor permanecer en suspenso...?» (10).

(4) Essais, L. II, chap. XII, Vol. III, pág. 243: «Les lois prennent leur autorité de la possession et de l'usage».

(5) Livre II, chap. XII, Vol. III, pág. 173: «...on n'en sonde point le pied, où gît la faute et la faiblesse; on ne débat que sur les branches».

(6) L. II, chap. XII, Vol. III, pág. 113: «...qui juge la vérité non par le poids des voix, mais par le nombre».

(7) L. III, chap. XI, Vol. V, pág. 204: «...les fols surpassent de tant les sages en nombre (...) Pour moi, de ce que je n'en croirais pas un, je n'en croirais pas cent un».

(8) L. II, chap. XII, Vol. III, pág. 18: «Les uns font accroire au monde qu'ils croient ce qu'ils ne croient pas. Les autres, en plus grand nombre, se le font accroire à eux-mêmes».

(9) L. III, chap. XI, Vol. V, pág. 209: «Qui établit son discours par braverie et commandement montre que la raison y est faible».

(10) L. II, chap. XII, Vol. III, pág. 117: «Vaut-il pas mieux demeurer en suspens...».

Como nuestros dos pensadores pasan revista a multitud de usos, costumbres y opiniones vigentes en el mundo, utilizando a menudo las mismas fuentes, coinciden en pocas veces en su enumeración. Vano sería repetir aquí sus ejemplos. Lo que nos importa es resaltar que la comprobación de aquella diversidad les lleva a la misma conclusión, que repiten, con alguna variante, en distintos contextos. Así Montaigne estima que no hay cosa «por extraordinaria y peregrina que sea que la costumbre no haya implantado como ley allí donde le ha parecido»; «que no pasa por la humana imaginación el menor capricho por extraño que sea, que no encuentre el ejemplo en alguna costumbre pública», «que, en suma, no hay nada tan extraño que no se encuentre recibido por el uso de alguna nación»; y también: «Digo lo mismo de la filosofía (...), todos nuestros sueños y fantasías tienen en ella cabida», apoyando este último aserto con una frase de Cicerón: «Nihil tam absurdum dici potest, quid non dicatur ab aliquo philosophorum» (11). Oigamos ahora a Feijoo: «No hay delirio del que no sea capaz la imperfección del humano entendimiento» (C.E. pág. 226) y «Cicerón decía que no hay disparate alguno tan absurdo que no le haya afirmado algún filósofo: Nihil tam absurdum... Con más razón diré yo que no hay desatino alguno tan monstruoso que no esté patrocinado del consentimiento uniforme de algún pueblo» (T.C.Iº, pág. 108). Y ya que hablamos de la fuerza de la costumbre, tema sobre el que tanto insisten Montaigne y Feijoo, recordemos que, deplorando su gran influencia en el vulgo, caen en la cuenta de que uno de sus mayores peligros es que una vez aceptada, imprime de tal manera su dominio que incluso lo hace imperceptible. El que se acostumbra a una cosa, la llega a considerar como natural, deja de sentir su extrañeza y de advertir que muy bien podría ser distinta de cómo es. Pondremos aquí dos ejemplos, entre los varios hallados, tomados, uno del mundo físico de los sentidos y otro del mundo moral. Cuenta Montaigne: «Yo vivo en mi casa en una torre donde al toque de diana y al anochecer, una gran campana toca diariamente el Ave María. Su estrépito estremece a la torre misma; y así como los primeros días me parecía insoportable, pasado el tiempo me acostumbré a él de modo que hoy lo oigo, no ya sin estremecerme, sino sin despertarme» (12). Opina Feijoo: «El mismo objeto que al principio hace una fuerte impresión, deja de hacerla siendo muy repetido. (...) Aun a los objetos reales y existentes que más miedo nos ponen desarma la costumbre de su terror. El que al principio se estremece al oír el disparo de una pistola, continuando algunos años la guerra, oye, sin conmoverse, el pavoroso estruendo de la artillería»

(11) I. I, chap. XXIII, Vol. I, pág. 205: «...d'autres opinions y en a-t-il de si étranges, qu'elle n'ait planté et établi par lois ès régions que bon lui a semblé?» y pág. 206: «J'estime qu'il ne tombe en l'imagination humaine aucune fantaisie si forcenée qui ne rencontre l'exemple de quelque usage public». Livre II, chap. XIII, Vol. III, pág. 240: «il n'est rien en somme si extrême qui ne se trouve reçu par l'usage de quelque nation» y pág. 186: «Je dis de même de la philosophie (...) tous nos songes et rêveries s'y trouvent».

(12) I. I, chap. XXIII, Vol. I, pág. 203: «Je loge chez moi en une tour où, à la diane et à la retraite une fort grosse cloche sonne tous les jours l'Ave Maria. Ce tintamarre effraye ma tour même; et aux premiers jours me semblant insupportable, en peu de temps je m'approivoise de manière que je l'entends sans offense et souvent sans m'en éveiller».

(T.C.III, págs. 272-273). Aun más analogía y trascendencia tiene el ejemplo siguiente: «Los pueblos acostumbrados a la libertad (...) consideran cualquier otra forma de gobierno monstruosa y antinatural. Los que están acostumbrados a la monarquía hacen lo mismo. Y cualquier ocasión que la fortuna les brinde para cambiar de instituciones, habiéndose desembarazado de su amo después de vencer grandes dificultades, adquieren nuevo amo después de vencer obstáculos análogos, por no poderse acostumbrar a odiar la soberanía» (13). Y Feijoo: «Es poderosísima la fuerza de la costumbre para hacer no solo tratables, pero dulces las mayores asperezas». Y tras relatar una anécdota de un rey de Polonia que consiguió librar a los campesinos de un noble que los maltrataba, a pesar de lo cual éstos prefirieron volver a su primer estado, con lo que parece querer ilustrar el argumento empleado por Montaigne, concluye: «¿Qué no vencerá la fuerza del hábito, cuando llega a hacer agradable la tiranía?» (T.C.IIº, pág. 60).

Para presentar de una manera más clara el paralelismo existente entre Feijoo y Montaigne en cuanto al modo de discurrir y de escoger sus argumentos, vamos a detenernos ahora deliberadamente en un tema, abordado por los dos en varias ocasiones al hablar de asuntos diferentes, en el que era obligada su coincidencia de opinión. Se trata de que ambos, como es de suponer, han condenado la mentira y la hipocresía. Veamos ya sus alegaciones: Montaigne que ha dedicado más de un capítulo a hablar de la mentira y de los mentirosos no se cansa de repetir que «es un vicio maldito» y explica que él «por propensión natural y espontánea es incapaz de engañar» (14). Igualmente Feijoo nos dice que hay «vicios con quien tengo especial ojeriza. La hipocresía, la trampa, el embuste, la adulación, la alevosía, la perfidia. Aborrezco la hipocresía, no solo por razón, mas aun por instinto» (C. E. pág. 124). Al no ser amigos de adulación protestarán contra las expresiones fingidas de amistad o cariño: «Odio a muerte el parecer adulador». «No tengo ni la facultad ni el gusto de esos largos ofrecimientos de amistad y de favor (...) Cosa bien alejada del uso actual, pues no hubo nunca tan abyectas y serviles fórmulas de cortesía», dice Montaigne (15). Y Feijoo crítica en los cortesanos el vicio de no contentarse con saludarse sino que «recíprocamente se esmeran en las más expresivas protestas de una cordialísima amistad o un amor muy fino» (C.E. pág. 128). La mentira, por lo demás, es mala incluso si su finalidad es no ya

(13) L. I, chap. XXIII, Vol. I, pág. 213: «Les peuples nourris à la liberté (...) estiment toute autre forme de police monstrueuse et contre nature. Ceux qui sont duits à la monarchie en font de même. Et quelque facilité que leur prête fortune au changement, lors même qu'ils se sont avec grandes difficultés, défauts de l'importunité d'un maître, ils courent en replanter un nouveau avec pareilles difficultés, pour ne se pouvoir résoudre de prendre en haine la maîtrise».

(14) L. I, chap. IX, Vol. I, pág. 87: «En vérité le mentir est un maudit vice». Y «(J'ai) d'une propension naturelle, une extrême contradiction à tromper» (pág. 204, chap. XXIII).

(15) L. I, chap. XI, Vol. II, págs. 95-97: «Je hais à mort de sentir au flatteur». «Je n'ai ni la faculté ni le goût de ces longues offres d'affection et de service (...) C'est bien loin de l'usage présent, car il ne fut jamais si abjecte et servile prostitution de présentations».

recreativa —una broma— sino cuando va destinada a buen fin. Recuértese con cuánta energía se opone Feijoo al uso de la mentira con fines religiosos, por ejemplo. Por esta razón opina Montaigne: «Soy enemigo de las acciones sutiles y fingidas y odio el engaño no sólo recreativo, sino provechoso. Si la acción no es viciosa, el camino sí lo es» (16). Lo mismo dice Feijoo: «Doy que el fin (de la mentira) sea bueno, no por eso la acción deja de ser mala» (C.E., pág. 50). Ambos coinciden igualmente en advertir lo difícil que es distinguir la verdad de la mentira, porque ésta tiene infinitas caras a diferencia de la verdad que no tiene más que una: «Si, como la verdad, la mentira no tuviera más que una cara...» señala Montaigne (17). Y Feijoo confirma: «para la verdad no hay más que una senda y para el error infinitas...» (T.C. I^o, pág. 97). En cuanto al juicio que les merece en general la devoción, también están de acuerdo: «No hallo ninguna cualidad tan fácil de fingir como la devoción», cree Montaigne (18). Y Feijoo: «Casi toda la devoción es hipocresía» (C.E., pág. 257).

Y para terminar con este apartado acerca de «la mentira» hagamos hincapié en el gran interés que tiene el comprobar la coincidencia de sus pareceres cuando, con sutil perspicacia psicológica y espíritu observador, tratan de averiguar algunos de los motivos que impulsan a los hombres a mentir, particularmente en materia de apariciones, milagros y otros hechos aparentemente sobrenaturales. Son tantos los puntos comunes entre nuestros dos autores que tendríamos que transcribir párrafos enteros. Nos limitaremos a algunos pocos ejemplos. Uno de aquellos motivos que los dos apuntan es el deseo tan corriente de agradar, de decir algo curioso y que llame la atención. Dice Montaigne: «Es fácil de comprobar que los grandes autores, al escribir acerca de las causas, no utilizan solamente aquellas que estiman verdaderas, sino aquellas también que no creen, con tal de que tengan originalidad y belleza» (19). Y corrobora Feijoo: «El deseo de agradar es una golosina casi común a todos los hombres; y esta golosina es raíz fecunda de innumerables mentiras. Todo lo exquisito es cebo de los oyentes y como lo exquisito no se encuentra a cada paso, a cada paso se finge» (T.C. III, pág. 97). Observan además que incluso la persona menos dada a mentir, en el calor de una discusión, casi sin querer aporta, para defender su postura, testimonios falsos. Nota Montaigne que «estando excitado o por la contradicción de otro o por el propio calor de la discusión (...) (una persona) con tal de persuadir a otra, no teme añadir de su cosecha, en su narración, tanto como ve que es necesario para vencer la resistencia y la deficiencia que piensa existe en la mente del interlocutor» (20). Igual-

(16) L. I, chap. XXI, Vol. I, pág. 188: «Je suis ennemi des actions subtiles et feintes et hais la finesse, non seulement récréative, mais aussi profitable. Si l'action n'est vicieuse, la route l'est».

(17) L. I, chap. IX, Vol. I, pág. 87: «Si, comme la vérité, le mensonge n'avait qu'un visage...».

(18) L. III, chap. II, Vol. IV, pág. 234: «Je ne trouve aucune qualité si aisée à contrefaire que la dévotion».

(19) L. III, chap. VI, Vol. V, pág. 11: «Il est bien aisé à vérifier que les grands auteurs, écrivant des causes, ne se servent pas seulement de celles qu'ils estiment être vraies, mais de celles encore qu'ils ne croient pas, pourvu quelles aient quelque invention et beauté».

(20) L. III, chap. XI, Vol. V, pág. 203-204: «étant échauffé ou par la résistance d'un autre ou par la propre chaleur de la narration (...) (il) ne craint point d'ajouter de son invention, autant qu'il voit être nécessaire en son conte pour suppléer à la résistance et au défaut qu'il pense être en la conception d'autrui».

mente Feijoo: «Es tan común esta flaqueza en los hombres, que conozco muchos, por otra parte tan veraces que (...) metidos y calentados en la disputa echan mano de cualquiera ficción que les parezca oportuna para defender su sentencia» (T. C. II, pag. 12). Por todo esto tanto Montaigne como Feijoo prefieren el testimonio de personas sencillas, incapaces de adornar sus relatos. Cuenta Montaigne que «tenía un hombre sencillo y tosco, que es una condición adecuada para dar auténtico testimonio; y las gentes agudas (...) no os representan nunca las cosas tal y como son, las inclinan y enmascaran y para apoyar mejor su punto de vista aumentan con gusto la materia»(21). Por su parte nos dice Feijoo: «Tengo observado que no hay sujetos más inútiles para consultados sobre asuntos serios que aquellos que se precian de decidores, porque tuercen siempre el voto hacia aquella parte por donde los ocurre el buen dicho, y no se embarazan en discurrir sin acierto, como logren explicarse con aire» (T.C.II, pag. 76).

Pasemos ahora a ocuparnos de unos cuantos temas de abolengo clásico a los que el Renacimiento volvió a infundir nueva vida y a tratar incansablemente, no sin dar lugar a importantes polémicas, debido a sus implicaciones religiosas (22). En los Ensayos se dan cita todos estos temas y las diferentes corrientes de pensamiento que suscitan.

Nos referiremos, exclusivamente, y con la mayor brevedad posible, al pensamiento de Montaigne y de Feijoo acerca de la fuerza de la imaginación, a la astrología y astrólogos, a la racionalidad de los animales, a los oráculos y profecías, al alma y en particular a sus relaciones con el cuerpo. Todo ello merecería un estudio más profundo, que estableciese las vinculaciones de Feijoo con el mundo clásico y renacentista, así como sus anticipaciones dieciochescas y su postura y papel intelectual respecto de su propia fe.

Mas nuestro propósito, como hemos dicho, es mucho más modesto y hemos de ceñirnos a comprobar que Feijoo, al combatir ciertas supersticiones, no dejará de alegar los argumentos que su inmensa erudición le proporciona y coincidirá en sus planteamientos y deducciones frecuentemente con Montaigne. No obstante, puede observarse que, a pesar de sus semejanzas, es en estas materias donde se suelen advertir mayores discrepancias en la finalidad que ambos autores se proponen. Al tratar de los astrólogos y adivinos, tanto Montaigne como Feijoo les tildarán de embusteros, y utilizarán muy parecidas razones, empezando por considerar, de acuerdo con Cicerón, a quien citan los dos, que nada de extraño tiene que alguna vez acierten, ya que: «¿Quién hay —decía Tulio— que flechando aun sin arte alguna, todo el día, no dé tal vez en el blanco?» (T.C.I^o, pag. 225); estiman, por consiguiente, que dichos aciertos son casuales: «Con

(21) L. I, chap. XXXI, Vol. II, pag. 22-23: «Cet homme que j'avais, était homme simple et grossier, qui est une condition propre à rendre véritable témoignage; car les fines gens (...) ne vous représentent jamais les choses pures, ils les inclinent et masquent (...) et par donner crédit à leur jugement, prêtent volontiers à la matière, l'allongent et l'amplifient».

(22) V. HENRI BUSSON, *Le rationalisme dans la littérature française de la Renaissance*, Paris, Vrin, 1971.

tanto hablar, preciso es que unas veces digan verdad y otras mentira» (23), dice Montaigne, y afirma Feijoo: «... entre tantos millares de predicciones (...) apenas se cuentan veinte o treinta que saliesen verdaderas; lo que muestra que fue casual y no fundado en reglas el acierto» (T.C. I^o, pág. 224). Y ambos se fijan en que: «les favorece su hablar oscuro, ambiguo y fantástico, (...) al cual sus autores no dan ningún sentido claro, a fin de que la posteridad lo interprete a su conveniencia» (24). Y Feijoo: «O eran las respuestas ambiguas y oscuras, de modo que pudiesen aplicarse a diferentes y aun opuestos sucesos (y si no correspondía después el suceso) se le buscaba a la profecía alguna explicación metafórica» (T.C.I^o, pág. 293).

Así, estos ejemplos, cuya lista podríamos alargar, prueban gran semejanza mental entre Montaigne y Feijoo al seleccionar y exponer sus alegaciones, pero como acabamos de advertir no significan idénticos objetivos: Feijoo expresa más de una vez su deseo de extirpar de la fe católica todo lo que por ser fraude considera que más la perjudica que la favorece y en este mismo capítulo aduce claramente que la creencia en astrólogos se opone al libre albedrío del hombre. Montaigne, por el contrario, se limita a denunciar embustes y a poner en duda todo lo que no se puede probar de manera evidente.

Lo mismo sucede en cuanto a sus opiniones referentes a la fuerza de la imaginación. Sabido es que ya desde Pomponazzi y otros maestros renacentistas y especialmente de profesores de la universidad de Padua, es un lugar común atribuir los milagros, entre otras cosas naturales, a la fuerza de la imaginación. Son por ello abundantes las coincidencias entre Montaigne y Feijoo, quien, por otra parte, puede haberse inspirado también de Malebranche, contradictor en otras ocasiones de Montaigne. Mas el espíritu que anima a nuestros dos autores presenta aquellas diferencias que hemos advertido en relación con el tema anterior, ya que Feijoo está siempre atento a salvar la ortodoxia. En ambos encontramos anécdotas de presuntos enfermos que creían tener diversos objetos en el cuerpo y que habiéndoles hecho creer que los habían expulsado, se habían declarado curados en el acto. Montaigne cuenta el caso de una mujer que creía que se había tragado un alfiler (Libro I^o, cap. XXI) y Feijoo el de un hombre convencido de tener cascabeles en el cerebro (T.C.III^o, pág. 145). Por todo lo cual Montaigne proclama que «es un gran artifice de milagros el espíritu humano» (25) y Feijoo mantiene que «la imaginación del hombre tiene una tan prodigiosa actividad (...) que es capaz de criar el todo de la mentira, el nada de la verdad» (C.E., pág. 94).

(23) L. I, chap. XI, Vol. I, págs. 96-101: «A tant dire, il faut qu'ils disent et la vérité et le mensonge.»

(24) L. I, chap. XI, Vol. I, pág. 102: «Mais surtout leur prête beau jeu, le parler obscur, ambigu et fantastique (...) auquel leurs auteurs ne donnent aucun sens clair, afin que la postérité et en puisse appliquer de tel qu'il lui plaira.»

(25) L. II, chap. XII, Vol. III, pág. 228: «C'est un grand ouvrier de miracles que l'esprit humain.»

Relacionado con su común afán de desenmascarar la mentira donde quiera que se halle, habían de coincidir Montaigne y Feijoo en denunciar la impostura de los oráculos y falsas profecías, tema al que Feijoo dedicó capítulo aparte, distinguiéndolo del que consagró a «Astrología judiciaria y Almanagues». Tentador sería estudiar detenidamente el pensamiento de Feijoo en este capítulo, y ello porque nos parece que no se ha advertido lo suficiente su filiación y matizado debidamente su significado dentro del contexto de la época.

Resumiendo mucho, diremos que su postura parece integrarse en la corriente europea, que, desde dentro del catolicismo, bajo el impulso de las críticas protestantes y libertinas y bajo la influencia del racionalismo científico y filosófico, trataba de depurar la religión de tradiciones falsas, más propias para alejar de ella a los no creyentes que para atraerlos. Por lo pronto Feijoo, al rechazar las profecías de las sibilas, que también rechaza Montaigne, no olvidará apoyarse en la autoridad de San Ambrosio, frente a la de San Agustín y a la de San Jerónimo. Dentro de este movimiento, un antecedente de Feijoo podría ser el Padre Thomassin, oratoriano, con su obra «Méthode d'étudier chrétiennement et solidement les lettres humaines» de 1681, «el cual, sin excluir la posibilidad de que los demonios hubiesen hablado en los oráculos, atribuía la mayor parte de sus profecías a la impostura de los sacerdotes».

Mas para captar bien la matizada complejidad y profundidad del texto de Feijoo es preciso recordar que uno de los argumentos tradicionales más fuertes para probar la misión divina de Cristo era precisamente atribuir a su venida y al triunfo del cristianismo el silencio de los oráculos del paganismo. En 1707 el jesuita Baltus proclamaba: «Entre todos los milagros que han acompañado el triunfo del cristianismo sobre las ruinas de la idolatría, no hay ninguno más deslumbrante y que más haya asombrado a los gentiles que el silencio de sus oráculos. (...) Era evidente que los oráculos habían cesado desde el nacimiento y publicación de su evangelio; y no era menos evidente que este efecto sorprendente no procedía de todas esas causas que los gentiles producían, sino únicamente del poder divino del Salvador del Mundo sobre los Demonios que, bajo el nombre de falsas divinidades del paganismo, habían engañado a los hombres hasta entonces con sus ilusiones y sus prestigios» (26). Téngase presente que este texto pertenece a la refutación que hizo dicho jesuita a la «Historia de los oráculos» de Fontenelle, lo que demuestra bien claramente la existencia de opiniones contrapuestas y del clima polémico acerca de esta cuestión, así como la actualidad y pertinencia del tema en Feijoo. Pues bien, nuestro benedictino, en esta ocasión, por su amor a la verdad e independencia de criterio, no teme adoptar la postura, digamos, de la oposición a la tradición

(26) Citado por MAURICE ROELENs en su estudio y edición de Fontenelle, Paris, Ed. Sociales, 1966, pág.161.

católica, que prueba que los oráculos antiguos habían cesado mucho antes de la venida de Cristo. Feijoo coincide con Fontenelle, quien, a su vez, conserva reminiscencias de Montaigne. Las fuentes remotas comunes de los tres son Luciano y sobre todo el *De Divinatione* de Cicerón, aducido por Montaigne al iniciar el capítulo IXº del Libro Iº: En cuanto a los oráculos, es seguro que mucho antes de la venida de Jesucristo, habían comenzado a perder su crédito, pues vemos que Cicerón trata de buscar la causa de su extinción; y éstas son sus palabras: «Cur isto modo jam oracula Delphis non eduntur non modo nostra aetate sed jamdiu, ut modo nihil possit esse contemptius». Casi idénticamente dice Feijoo: «Cicerón, que murió cuarenta y un años antes del nacimiento de Cristo, testifica que ya en su tiempo y mucho antes estaba mudo aquel oráculo. Estas son las palabras», y añade a continuación la misma frase citada por Montaigne (T.C. Iº, págs. 291-292). Bien es verdad que Feijoo, tras exponer bastantes ejemplos, algunos de los cuales figuran también en Fontenelle, usa la conocida fórmula de prudencia: «No por esto pretendo que algunas veces no hablase el demonio en sus templos y estatuas; esto fuera oponerme a muchos padres que lo afirman. Fuera de que en varias partes de la Escritura... se habla de hombres y mujeres que tenían (...) espíritu diabólico divinadorio; y si el demonio podía inspirar a particulares individuos, podría también, permitiéndoselo Dios, ejercer el mismo influjo en los ministros de sus templos» (T.C. Iº, pág. 296). Lógica reserva que también había adoptado el propio Fontenelle: «Consta que hay demonios, genios malhechores y condenados a tormentos eternos. La religión nos lo enseña, la razón nos enseña después que estos demonios han podido animar estatuas y pronunciar oráculos, si Dios se lo ha permitido»(27).

Y para terminar este apartado nos complace citar un pensamiento muy profundo de Montaigne, fuente de Fontenelle y que volvemos a encontrar en Feijoo:

Observa Montaigne con su peculiar sagacidad: «Veo que, por lo general, los hombres, ante los hechos que se les presenta, se entretienen de preferencia en buscar la razón de ellos antes que en buscar su realidad: dejan los hechos y se entretienen en buscar sus causas». Y confirma Fontenelle: «Asegurémonos bien del hecho antes de preocuparnos por su causa. Es cierto que este método es demasiado lento para la mayoría de la gente que corre espontáneamente hacia la causa y pasa por encima de la realidad del hecho; así evitaremos el ridículo de haber encontrado la causa de lo que no existe». Por su parte Feijoo, con idéntico criterio, denuncia a los

(27) V. FONTENELLE, edición de MAURICE ROELEN, op.cit., pág. 181: «Il est constant qu'il y a des démons, des génies malfaisants, et condamnés à des tourments éternels. La religion nous l'apprend, la raison nous apprend ensuite que ces démons ont pu animer des statues et rendre des oracles, si Dieu le leur a permis» (*Histoire des oracles*, Première dissertation).

«que se preguntan cómo se produce un fenómeno, sin cuidar antes de preguntarse si en efecto ese fenómeno se produce» (28).

Un tema muy antiguo y curioso que sobrevive en Feijoo es el de la racionalidad de los animales. Tiene su origen, como se sabe, en Plutarco, Sexto, Lucrecio y Plinio, cuya *Historia Natural* fue un verdadero best-seller en el Renacimiento. Pero quien actualiza realmente el tema, renovándolo y dándole mayor trascendencia, es Montaigne. La polémica acerca de la racionalidad de los animales, íntimamente ligada a la de la inmortalidad del alma, alcanza su apogeo hacia 1634, fecha de la publicación en Francia de la obra *De L'immortalité de l'âme* de Jean Silhon, contradictor de Montaigne (29). Y es tan importante esta batalla filosófica que algunos montaignistas no dudan en sugerir que acaso el punto de vista de Montaigne en este asunto, sea una de las causas de la inclusión de los Ensayos en el Índice de libros prohibidos en 1676 (30). De un lado se hallan los que optan por la idea cartesiana que, de acuerdo con Santo Tomás, sostiene que los animales al carecer de alma, carecen de sensibilidad y son meros autómatas o máquinas; de otro lado, los que, aunque no se atreven a dotar de alma a los animales, afirman la existencia en ellos de facultades racionales e inteligencia, como Montaigne, quien sólo ve una diferencia de grado entre los animales y el hombre, despojando a éste, más que de su pretendida superioridad, del carácter único de su naturaleza racional. Podríamos decir que esta polémica llegará a su término y postura extrema en la primera mitad del siglo XVIII con la publicación, frente a la idea ortodoxa que considera a los animales como irracionales y únicamente racional al hombre, de la obra del filósofo materialista La Mettrie, *El hombre-máquina* (1747). Téngase presente que el propio Voltaire no dejó de hacer alusión al tema, con espíritu, obvio es, distinto del de Feijoo, al hablar de la filosofía de Locke y de la inmortalidad del alma (31). Dentro de este ambiente nos ha parecido oportuno destacar la opinión de Feijoo, partidario, al igual que Montaigne, de la presencia de cierta racionalidad en los animales, como atestigua el título del capítulo que dedica a «La racionalidad de los brutos». Con gran sutileza, al tratar de resolver el conflicto que se le presenta, opta por una posición intermedia, es decir, defiende que «tienen alma, pero que ésta no es material ni espiritual, sino

(28) Para Montaigne V. L. III, chap. XI, Vol. V, pág. 201: «Je vois ordinairement que les hommes, aux faits qu'on leur propose, s'amusement plus volontiers à en chercher la raison qu'à en chercher la vérité: ils laissent là les choses, et s'amusement à traiter les causes.» Para Fontenelle, op. cit., pág. 186. Para Feijoo V. nota n^o 1, *Bibliografía citada por Gaspar Delry*.

(29) V. HENRI BUSSON, op. cit. y del mismo autor *La pensée religieuse française de Charron à Pascal*, Paris, Vrin, 1933.

(30) V. MITCHIKO ISHIGAMI—LAGOLNITZER, *Apologie des facultés rationnelles chez les animaux au XVII^e siècle*, in Bulletin de la Société des Amis de Montaigne, Cinquième série, n^o 2, avril-juin, 1972. Digamos que la autora, en este interesante artículo, ha señalado la posible influencia de Pero Mexía en Montaigne.

(31) VOLTAIRE, *Lettres philosophiques*, Paris, Garnier, 1964, Treizième lettre: Sur M. Locke, págs. 61-69, y que el tema sigue siendo actual lo demuestra la afirmación del eminente biólogo contemporáneo Jean Rostand que en su obra *Ce que je crois*, Grasset, 1953, dice: «Or, l'une des choses que je crois avec le plus de force [...] c'est qu'il n'existe de nous à l'animal, qu'une différence de plus ou moins, une différence de quantité et non point de qualité; c'est que nous sommes de même étoffe, de même substance que la bête».

un ente medio entre espíritu y materia»(32). No consignaremos aquí la gran cantidad de anécdotas que los dos acumulan exaltando la inteligencia y habilidad de los animales y que proceden casi siempre de la utilización de las mismas fuentes. Mayor importancia concederemos a la reiteración con que ambos, más que aceptar la semejanza del hombre con Dios, insisten en la disparidad que separa a aquél de su creador. Para Montaigne la distancia que separa al hombre de Dios es infinita (Libro IIº, cap. XII) y para Feijoo «el hombre es más semejante al bruto, a la planta, a la piedra que a Dios». Reconoce que «asunto es éste que abre campo a nada vulgares delicadezas metafísicas» y que plantea profundos problemas, por lo que concluye: «Mas porque no nos permite nuestro propósito detenernos en desenmarañar dificultades metafísicas, qui potest capere capiat» (T.C.IIIº, pág. 193).

En cuanto al tema del alma y de sus relaciones con el cuerpo, inútil sería evocar todas las doctrinas que partiendo de la antigüedad, venían siendo objeto de múltiples tratados que se apoyaban o refutaban unos a otros. Nos reduciremos a reproducir algunos puntos de vista comunes entre nuestros dos autores, sin omitir observar que el espíritu que les mueve es muy distinto. Montaigne, al subrayar las contradicciones y multiplicidad de pareceres acerca de esta materia, abre posibilidades a todas las audacias de pensamiento. Feijoo dedica especialmente un capítulo a combatir a los filósofos materialistas.

Ambos concuerdan en señalar la estrecha interdependencia existente entre el alma y el cuerpo: «Nada hay más verosímil que la conformidad y relación entre el cuerpo y el espíritu», dice Montaigne (33). Y Feijoo explica que «la mente del hombre en el estado de unión al cuerpo no se mueve sólo por la razón pura, más también por el mecanismo del órgano» (T.C.IIIº, pág. 149). Por ello discurre extensamente Montaigne acerca de la influencia que ejercen sobre nuestro juicio y sobre nuestra mente, los distintos accidentes físicos: «Es cierto que nuestra inteligencia, nuestro juicio y las facultades de nuestra alma, sufren según los movimientos y alteraciones del cuerpo» y añade: «... es imposible ver dos opiniones semejantes, no sólo en varios hombres, sino en un mismo hombre, a distintas horas» (34). Feijoo también atribuye a «la temperie de los humores (...) la diferencia que un mismo hombre de un día a otro y aun tal vez de una hora a otra, experimenta en el ejercicio de la facultad intelectiva» (C.E., págs. 265-266). Por lo cual convienen ambos en que «nuestra alma desfallece al envejecer», en palabras de Montaigne (35), y en que «el alma se marchita con el

(32) Citado por MIGUEL MORAYTA, op. cit. pág. 60.

(33) L. III, chap. XII, Vol. V, pág. 249: «Il n'est rien plus vraisemblable que la conformité et relation du corps à l'esprit».

(34) L. II, chap. XII, Vol. III, pág. 214: «Il est certain que notre appréhension, notre jugement et les facultés de notre âme en général souffrent selon les mouvements et altérations du corps». Y L. III, chap. XIII, Vol. V, pág. 65: «...est impossible de voir deux opinions semblables, non seulement en divers hommes, mais en même homme à diverses heures».

(35) L. III, chap. XII, Vol. V, pág. 248: «Notre esprit se constipe et se croupit en vieillissant».

cuerpo» (Feijoo, T.C.IIº, pág. 92), ideas que desarrollará y llevará a sus últimas consecuencias La Mettrie y que confirma la biología actual (36).

Digamos por último que Feijoo sostiene como Montaigne que el cerebro es la sede del alma. Asegura éste que «se aloja en el cerebro, lo que se advierte porque las heridas y accidentes que tocan esta parte, hieren al mismo tiempo a las facultades del alma» (37). Feijoo arguye que es el cerebro el origen de todas las sensaciones y que el alma no sólo no manda en el cuerpo sin servirse del cerebro, sino que a menudo aquellas sensaciones se producen «no sólo no imperándolo o queriéndolo el alma, mas aun repugnándolo y disintiendo positivamente» (T.C.IIIº, pág. 213).

Si hay una materia acerca de la que nuestros dos pensadores se hayan expresado extensamente de acuerdo y que no podíamos eludir es la de su crítica de los médicos y de la medicina, ya que durante siglos las diatribas contra el atraso de esta ciencia eran un lugar común. Es éste uno de los capítulos en que Feijoo cita expresamente a Montaigne -y a Molière-, por lo que Soto y Marne le acusó, como sabemos, de haberse inspirado en estos autores. Pasaremos por alto una serie de concordancias, ya que por fuerza había de convenir Feijoo, entusiasta defensor de la experiencia en medicina, con el antidogmático Montaigne: «La experiencia está propiamente en su lugar en cuanto a la medicina en que la razón le cede el puesto» (38), dictamina Montaigne y lo mismo afirma repetidas veces Feijoo. Ambos están conformes en que nada hay tan inseguro como esta ciencia, como se prueba por la disparidad de criterios de los médicos, lo que conduce a Feijoo a expresar una opinión importantísima, sobre la que vuelve en diferentes ocasiones, y es la afirmación de que todo aquello sobre lo que puede haber discusión es dudoso: «Todo en la medicina es disputable, luego es dudoso» (T.C.Iº, pág. 133). Ya Montaigne había dicho muchas veces que todas las cosas sobre las que disputa nuestra razón «están sujetas a incertidumbre» (39). La desconfianza en los médicos les hace pensar que casi siempre vale más dejar actuar sola a la naturaleza: «Dejemos actuar a la naturaleza: entiende ella mejor nuestros asuntos que nosotros» (40) dice Montaigne y aconseja a los enfermos Feijoo: «que fien mucho más de la naturaleza, porque es un grande error pensar que siempre necesita ésta de los auxilios del arte» (T.C.Iº, pág. 169). Por lo que Montaigne contesta a los que le apremian para que consulte a un médico que le dejen antes

(36) V. LA METTRIE, *Textes choisis, L'homme-machine, chap. I: Comment l'âme est dans la dépendance du corps* y chap. VIII: *Que la vigueur de l'âme dépend de celle du corps*. Paris, Ed. Sociales, 1974, págs. 147 y 177 respectivamente. V. también *Jean Rostand: Rapport sur les prix de vertu, séance publique annuelle du 20 décembre, 1962*, in «L'oeuvre scientifique et philosophique de Jean Rostand», Larousse, 1968, pág. 124.

(37) L. II, chap. XII, Vol. III, pág. 187: «elle loge au cerveau: ce qui appert de ce que les blessures et accidents qui touchent cette partie, offensent incontinent les facultés de l'âme».

(38) L. III, chap. XIII, Vol. V, pág. 283: «L'expérience est proprement sur son fumier au sujet de la médecine, où la raison lui quitte toute la place».

(39) L. II, chap. XII, Vol. III, pág. 197: «Toutes choses produites par notre propre discours (...) sont sujettes à incertitude et débat».

(40) L. III, chap. XIII, Vol. V, pág. 297: «Laissons faire un peu à nature: elle entend mieux ses affaires que nous».

reponer fuerzas para resistir el efecto de las medicinas: «Dejo actuar a la naturaleza, suponiendo que está ella provista (...) para defenderse de los asaltos que la acometen (...). Temo que, en lugar de socorrerla, cuando está luchando con la enfermedad, socorran a su adversario en lugar de socorrerla a ella y la abrumen con nuevos trabajos» (41). Igual piensa Feijoo: «sólo sé que la multitud de remedios que aplican los médicos vulgares no puede menos de debilitar mucho a la naturaleza (y esto puntualmente en aquel tiempo en que ella necesita de más vigor, por hallarse en actual combate con su enemigo) y turbarle la operación que tiene entre manos» (T.C.Iº, pág. 171). No diremos nada acerca de las similitudes que presentan sus textos cuando los dos detallan la manera que tienen los médicos de justificar sus errores. Más importante juzgamos señalar que los dos han advertido la diferencia que existe entre tener conocimiento de algunos hechos fisiológicos y poder explicar sus causas. Así Montaigne ha observado: «Bien vemos que el dedo se mueve; que algunas partes se mueven por sí mismas sin nuestro consenso y que otras las agitamos si queremos; que cierto temor engendra el rubor, otro la palidez (...); pero cómo se produce eso jamás hombre alguno lo ha sabido» (42). Y parecidamente Feijoo: «...sábese ciertamente que el ruibarbo purga, pero no por qué virtud; sábese que la sangre circula, pero se ignora quién da el primer impulso de este movimiento; sábese que el opio adormece, pero se ignora cómo hace este efecto...» (43).

Por consiguiente, llegan a reconocer ambos la impotencia de la razón, emitiendo juicios no exentos de cierto matiz fideísta: «La verdadera razón (o causa de las cosas) está en el seno de Dios» (44), dice Montaigne, y Feijoo sugiere: «Poca o ninguna esperanza hay de que los hombres lleguen a comprender (...) todas las enfermedades, ni averiguar sus remedios específicos, salvo que sea por vía de revelación» (T.C.Iº, pág. 123). Y hablando acerca de impresiones y sensaciones insiste: «Materia es ésta sólo accesible al entendimiento angélico» (T.C.IIIº, pág. 224). Lo cual no obsta para que cada uno haya sido, en cierto modo, precursor en una ciencia en la que ninguno era especialista, coincidiendo también los dos en ser «médicos de sí mismos» (45).

(41) L. I, chap. XXIV, Vol. I, pág. 230: «Je laisse faire nature, et présuppose que'elle se soit pourvue (...) pour se défendre des assauts qui lui viennent. (...) Je crains, au lieu de l'aller secourir, ainsi comme elle est aux prises avec la maladie, qu'on secoure son adversaire au lieu d'elle, et qu'on la recharge de nouveaux affaires».

(42) L. II, chap. XII, Vol. III, págs. 172-173: «Nous voyons bien que le doigt se meut; qu'aucunes parties se branlent d'elles-mêmes sans notre congé et que d'autres nous les agitons par notre ordonnance; que certaine appréhension engendre la rougeur, certaine autre, la pâleur, (...) Mais (comment cela est) jamais homme ne l'a su».

(43) Citado por MIGUEL MORAYTA, op.cit. pág. 153.

(44) L. II, chap. XII, Vol. III, pág. 177: «Car la vraie raison et essentielle (des choses) (...) elle loge dans le sein de Dieu».

(45) Sabido es que Feijoo dedicó el discurso IVº del t. IVº del Teatro Crítico a este tema, coincidiendo con Montaigne en que con frecuencia «es mejor gobernarse por el instinto que por el discurso». En cuanto a Montaigne V. MAURICE RAT: *Montaigne, médecin de soi-même*, in Bulletin de la société des Amis de Montaigne, quatrième série, nº 15.-1968 (juillet-septembre) en donde se alude a interesantes anticipaciones médicas de Montaigne. V. igualmente FRANÇOIS BATISE: *Montaigne et la médecine*, Les Belles Lettres, y del mismo autor *Montaigne et les principes de la médecine expérimentale*, in Mémorial du 1er Congrès international des Etudes montaignistes, Bordeaux, 1964.

Volviendo al tema de la insuficiencia de la razón humana apuntemos otras curiosas analogías en cuyas tal vez diversas motivaciones no vamos a penetrar. Asegura Montaigne que «el condenar una cosa por falsa e imposible es presumir de conocer los límites de la voluntad de Dios», por lo que «es una osadía peligrosa (...) despreciar lo que no concebimos» (46). Por su parte Feijoo piensa que «si el no alcanzar los motivos por que Dios obra muchas cosas fuese causa bastante para negar o dudar de los hechos, disentiríamos a la existencia de infinitos que absolutamente son indubitables. Non ultra sapere, quam oportet sapere» (T.C.IIIº, pág. 95). Así alude Montaigne a que «Platón estima que hay cierto vicio de impiedad en querer, con demasiada curiosidad, inquirir acerca de Dios y del mundo y de las primeras causas de las cosas» (47). Igualmente Feijoo afirma que «...la crítica no debe extenderse a indagar los secretos de la divina Providencia» (T.C.IIIº, pág. 95). Recuérdese también que en el tomo IV de sus Cartas eruditas escribió la carta II «Contra los intérpretes de la divina Providencia», refiriéndose a los que siempre buscan la razón de todas las desgracias que suceden (48).

Claro que a despecho de estas prudentes palabras, su inagotable sed de conocimiento les hará plantearse infinitos problemas y entre ellos la posibilidad de la existencia de otros mundos habitados. Se ha señalado, como fuente de Feijoo en esta cuestión, a Fontenelle, pero no hay que olvidar que el tema ya había sido abordado por Montaigne. Cuando Feijoo da los argumentos de los que creen habitados otros astros, observamos que son los mismos en esencia que los de Montaigne. Un solo ejemplo entre varios: «Inútilmente (...) los haría Dios habitables para no hacerlos habitados (...). No es creíble que Dios solo haya querido dar habitadores a este pequeño palacio, dejando aquellos para que sólo sirvan de objeto para nuestra vista», comenta Feijoo (C.E., págs. 101-102), lo que nos recuerda a Montaigne cuando dice: «Al ver una rica y pomposa vivienda, aunque ignoréis quién sea su dueño, no diréis que ha sido hecha para ratas». ¿Quién ha persuadido al hombre que ese movimiento admirable de la bóveda celeste, la luz eterna de esas antorchas que ruedan orgullosamente

(46) L. I. chap. XXVII, Vol. I, págs. 308-310: «Mais la raison m'a instruit que de condamner ainsi résolument une chose pour fautive et impossible, c'est se donner l'avantage d'avoir dans la tête les bornes et les limites de la volonté de Dieu (...). C'est une hardiesse dangereuse (...) de mépriser ce que nous ne concevons pas». Cf. J. Stuart Mill, *Système de logique*: l'inconcevabilité n'est pas un critérium d'impossibilité.

(47) L. II, chap. XII, Vol. III, pág. 109: «Et Platon estime qu'il y ait quelque vice d'impiété à trop curieusement s'enquérir et de Dieu et du monde, et des causes premières des choses».

(48) Casi todos los estudiosos de Feijoo han advertido acertadamente cómo éste separa claramente lo que es del dominio de la razón de lo que es del dominio de la fe y han citado su conocida frase: «Como advertió bien el ilustrísimo Cano, en la ciencia teológica se debe preferir la autoridad a la razón; en todas las demás facultades y materias se debe preferir la razón a la autoridad» (T.C.IIIº, págs. 204-205). Pero acaso no se haya estudiado a fondo los progresos del fideísmo en nuestros teólogos de lo cual se lamentaba el propio Melchor Cano ya en el siglo XVI: «Melchor Cano se queja en 1563 de que incluso en los colegios católicos se ha implantado la costumbre de rechazar las razones humanas en las disertaciones teológicas, no sin peligro para la ciencia eclesiástica, si se dejara desarrollar esta costumbre» (Citado por HENRI BUSSON: *Le rationalisme dans la littérature française de la renaissance*, pág. 413.)

por encima de su cabeza (...) hayan sido hechas y duren tantos siglos para su comodidad y servicio?» (49).

El mismo entusiasmo por el saber les inspirará parecidas metáforas para describir la verdadera sabiduría. Considera Montaigne que «están equivocados los que la pintan inaccesible a los muchachos y con un rostro hosco, huraño y terrible.(...) Nada hay más alegre, más amable, más ameno (...) y se aloja en una bella llanura fértil y llena de flores». Por su parte Feijoo se recrea diciéndonos que: «A Minerva, diosa de la sabiduría, nadie la pintó tosca y desaliñada, y Palas, por fuerte que fuese, no dejaba de ser hermosa; que Dios plantó el árbol de la ciencia, no en la rústica aspereza de una montaña, sino en la florida amenidad de un paraíso» (50).

Pasaremos por alto otras muchas ideas que nuestros dos pensadores comparten debido a su gran objetividad e independencia de juicio de un lado y de otro a su exquisita humanidad y sensibilidad. Hoy pudieran parecernos triviales su compasión hacia los animales, por ejemplo, o su crítica de los viejos, siempre añorando el pasado, con frecuencia avaros y que no dejan actuar a los jóvenes. Por cierto que, con gran intuición anticipadora, pensaban -digámoslo con palabras de Feijoo- que «la edad corta es menos favorecida que debiera ser en la promoción de empleos» (51). Es también digno de ser recalcado, por la valentía que ello entrañaba -y siempre ha entrañado- la imparcialidad al hablar de personas no gratas al sistema vigente, especialmente entonces de herejes o de judíos. Recuérdese que Feijoo alude, reprobándolas, a las averiguaciones acerca de limpieza de sangre (C.E., pág. 126) (52).

La presencia del utilitarismo dieciochesco en Feijoo ya ha sido advertida (53). Aportemos otro ejemplo en que Feijoo se sirve de alusiones al evhemerismo como introducción a su defensa de la agricultura, precisando más adelante: «La razón evidentemente dicta, que la aplicación a la enseñanza de las artes se debe medir por su necesidad» (T.C.III^o, págs.301-302). Lo que de paso nos permite señalar la anticipación de Montaigne que,

(49) L. II, chap. XII, Vol. III, pág. 160: «Quand vous voyez une riche et pompeuse demeure, encore que vous ne sachez qui en est le maître, si ne direz-vous pas qu'elle soit faite pour des rats». Y pág.31: «Qui lui a persuadé que ce branle admirable de la voûte céleste, la lumière éternelle de ces flambeaux roulant si fièrement sur sa tête (...) soient établis et se continuent tant de siècles pour sa commodité et pour son service?».

(50) L. I, chap. XXVI, Vol. I, pág. 279-280: «On a grand tort de la peindre inaccessible aux enfants et d'un visage renfrogné, sourcilieux et terrible.(...) Il n'est rien plus gai, plus gaillard, plus enjoué (...) logée dans une belle plaine fertile et fleurissante...» Para Feijoo, V. MORAYTA, op. cit. pág. 220 (T. C. VIII, disc. XIII, n^o 50).

(51) Citado por MORAYTA, op. cit. pág. 118.- Montaigne expresa esta misma opinión en el Libro I^o, cap. LVII.

(52) Las críticas de que fue objeto Feijoo a este respecto son bien conocidas. En cuanto a Montaigne baste recordar que la censura romana le reprochó haber mencionado el nombre de un poeta protestante y se incautó de un libro que llevaba, solamente porque se trataba de una traducción hecha por un «hereje» cuyo nombre, por cierto, no figuraba en la obra. V. MONTAIGNE: *Journal de Voyage en Italie par la Suisse et l'Allemagne*, Paris, Les Belles Lettres, 1946.

(53) V. por ejemplo, JOSE LUIS VARELA: *La transfiguración literaria*, Editora Prensa Española, 1970, cap. 3^o: El ensayo de Feijoo y la ciencia. V. también para la conexión en el siglo XVIII entre «virtud y economía» y el punto de vista de Feijoo al respecto JOSE ANTONIO MARAVALL: *La idea de felicidad en el programa de la Ilustración* in *Mélanges offerts à Charles Vincent Aubrun*, Editions Hispaniques, Paris, 1975, pág. 431.

con su acostumbrada clarividencia y con idéntico punto de vista, había manifestado: «Si el hombre fuese sensato, otorgaría el verdadero precio a cada cosa según fuese la más útil y adecuada a su vida» (54).

Vamos a tocar ahora un tema de especial trascendencia y tristemente actual. Queremos referirnos al empleo del tormento. Sábese que la tímida protesta, aislada en su tiempo, contra tan despiadado método de nuestro humanista Luis Vives no despertó ninguna resonancia y que se ha designado a Montaigne, que expresó varias veces su repulsa a tan inhumano sistema, como antecedente de las voces humanitarias de Montesquieu, Beccaria y Voltaire, principalmente, que se alzaron con valentía en contra de tan bárbaro procedimiento (55). Pues bien, entre estos gloriosos nombres, insistamos en que es preciso intercalar el de Feijoo, el primero, al parecer, que en España levantaba su voz en contra de tan cruel institución. De acuerdo con Montaigne, y como seguirán haciéndolo los demás propugnadores de la abolición de la tortura, empleará ante todo argumentos basados en la ineficacia de su práctica. Tras exponer diversas consideraciones de tipo práctico, sin por ello omitir las de carácter humanitario, Montaigne concluye: «A decir verdad (el tormento) es un medio lleno de incertidumbre y de peligro» (56). Asimismo razona Feijoo: «La tortura es un medio sumamente falible para la averiguación de los delitos» (C.E., pág. 115). No se advierte bien hoy la maravillosa originalidad de esta forma de pensar que se oponía a lo establecido y en particular desacuerdo con la actitud de la Iglesia de entonces (57). De ahí precisamente el acudir a razonamientos que probaran, más que su inhumanidad, su ineficacia. Porque ¿quién entonces hubiera podido alegar violación de derechos humanos que ni siquiera se habían formulado? Por el mismo motivo, lejos de considerar la ceremonia pública de los suplicios como edificante y ejemplar, Feijoo no vacilará en lamentar «el triste espectáculo de los suplicios» (T.C.II, pág. 115), lo mismo que Montaigne confesaba que no era capaz de soportarlos: «Las ejecuciones, incluso las de la justicia, no las puedo ver con firmeza» (58) y añadía una frase condenando la costumbre de alargar los suplicios en los casos de penas de muerte, frase, que, por cierto, le fue reprochada por la censura romana y que es la siguiente: «en la ejecución de la justicia, todo lo que va más allá de la simple muerte, me parece crueldad» (59).

(54) L. II, chap. XII, Vol. III, pág. 91: «Si l'homme était sage, il prendrait le vrai prix de chaque chose selon qu'elle serait la plus utile et propre à sa vie».

(55) V. JEAN-PIERRE DHOMMEAUX—SAULEAU: *Montaigne et sa critique de la justice française*, in *Bulletin de la Société des Amis de Montaigne*, quatrième série, n° 17, (janvier-mars) 1969.

(56) L. II, chap. V, Vol. II, pág. 280: «C'est une dangereuse invention que celle des géhennes.(...) Pour dire vrai, c'est un moyen plein d'incertitude et de danger».

(57) Todavía en 1778 Manuel de Roda, ministro de Carlos III acudirá, contra el empleo del tormento, al argumento de su ineficacia. (Citado por JUAN ANTONIO DEL VAL en su introducción al libro de CESARE BECCARIA: *De los delitos y de las penas*, Madrid, Alianza Editorial, 1988).

(58) L. II, chap. XI, Vol. II, pág. 353: «Les exécutions, même de la justice, (...) je ne les puis voir d'une vue ferme».

(59) V. MONTAIGNE: *Journal de voyage...* La frase censurada se halla en el Libro II°, cap.XI, De la crueldad.

Montaigne y Feijoo, cuya fina e inteligente sensibilidad les hizo también precursores, en el aspecto jurídico, de la reprobación de condenas por brujería, confirman la sutil y exacta definición de Azorín: «Un poco más de sensibilidad: eso es el progreso humano».

Y para terminar hablemos de uno de los temas más controvertidos de Feijoo, el de su concepto de patria. Estrechamente vinculado al cosmopolitismo antiguo, representa una ruptura tal con las actitudes nacionalistas posteriores que hasta grandes admiradores de Feijoo se han creído obligados a defender la opinión del sabio maestro, matizándola o atenuándola para adaptarla a sus propias convicciones (60). Acerca de duendes, hechizos y otras supersticiones, prácticamente superadas, es lógico que toda persona medianamente culta comparta las ideas de Feijoo. Si esta unanimidad no se da en el asunto «patria» la razón es bien sencilla: todavía perdura y se fomenta el mito patriótico. Mas volviendo a nuestro propósito, veamos algunas de las conexiones entre Montaigne y Feijoo. Por lo pronto no se cansan de criticar a los que alaban lo propio solamente porque es lo suyo individuos que demuestran su total carencia de imparcialidad y espíritu crítico. Como acerca de otros achaques humanos atribuyen a la fuerza de la costumbre el supuesto amor a la patria. «Es gracias a la costumbre por lo que cada uno está contento del lugar donde le ha colocado la naturaleza y los salvajes de Escocia nada tienen que envidiar de la Turena ni los Escitas de Tesalia», observa Montaigne (61). Y Feijoo: «... ya que lo haga la fuerza del hábito o la proporción respectiva al temperamento de cada nación (...) cada uno se halla mejor con las cosas de su tierra que con las de la ajena» (T.C.IIº, pág. 59).

Ambos consideran que los verdaderos motivos que mueven a los hombres a luchar por su religión y por su patria son, a menudo, muy diferentes de los que pregonan. Dice Montaigne: «Confesemos la verdad: quien escogiese del ejército, incluso del del rey, los que van por el único celo de piedad religiosa y aquellos a quienes únicamente guía la protección de las leyes de su país y de su príncipe, no podría juntar una compañía de gente de armas completa» (62). Paralelamente asegura Feijoo: «Entre los particulares, algunos se alistan por el estipendio y por el despojo; otros por mejorar de fortuna ganando algún honor nuevo en la milicia y los más por obediencia y temor al príncipe o al caudillo. El príncipe o magistrado, sobre estar distante del riesgo, obra, no por mantener la república, sí por conservar la dominación. Ponme que todos esos sean más interesados en

(60) Entre otros el propio MIGUEL MORAYTA, op. cit. y RAMON PEREZ DE AYALA: *Política y toros*, Madrid, Renacimiento, 1925.

(61) L. I, chap. XXIII (frase suprimida por el propio Montaigne en el «ejemplar de Burdeos» pero que siguieron reproduciendo las ediciones posteriores hasta nuestro siglo) «C'est par l'entremise de la coutume que chacun est content du lieu où nature l'a planté: et les sauvages d'Écosse n'ont que faire de la Touraine, ni les Scythes de la Thessalie».

(62) L. II, chap. XII, Vol. III, pág. 19: «Confessons la vérité: qui frèrait de l'armée, même légitime, ceux qui marchent par le seul zèle d'une affection religieuse et encore ceux qui regardent seulement la protection des lois de leur pays ou service du prince, il n'en saurait bâtir une compagnie de gens d'armes complète».

retirarse a sus casas que en defender los muros, verás cómo no quedan diez hombres en las almenas» (T.C.IIº, pág. 52). Al intentar averiguar el origen de tantas guerras, no solamente reparan en los injustos y caprichosos motivos que suelen provocarlas, sino que atribuyen una gran parte de responsabilidad a las creencias religiosas que más bien debieran ser generadoras de paz. Y así dice Montaigne por boca de Juvenal: «La causa del furor popular es que cada nación detesta los dioses de las naciones vecinas, persuadida de que los dioses que adora son los únicos verdaderos» (63). Y Feijoo: «Todo este encono nace únicamente de diferencia en materia de religión» (T.C.Iº, pág. 331).

Este penetrante espíritu crítico no les lleva al aislamiento ni al desinterés por las cuestiones públicas. Hallaremos en Montaigne la evocación del espléndido pensamiento antiguo: «Preguntaban a Sócrates de dónde era. No respondió «de Atenas» sino «del mundo». El (...) abarcaba el universo como su ciudad, consagraba sus conocimientos, su simpatía y sus afectos a todo el género humano, no como nosotros que no miramos sino lo nuestro» (64). Al mismo tiempo que resuena en Feijoo la reminiscencia del eco senequista: «...para el varón fuerte todo el mundo es patria», añadiendo estas precisiones de denso y actual contenido: «Debemos servir a la república civil (...), pero esta obligación no se la vincula la república porque nacimos en su distrito, sino porque componemos su sociedad» (T.C.IIº, págs. 82-83), palabras-clave de un pensamiento admirable que, mirando más a la felicidad colectiva que a la individual, abre cauces de convivencia ciudadana y de solidaridad social frente a partidismos paralizantes.

Queremos precisar que no hemos agotado, ni mucho menos, nuestro tema. Acaso un estudio comparativo exhaustivo de Montaigne y de Feijoo sería sumamente interesante para penetrar en el pensamiento de ambos. Mas nos hemos limitado a reproducir algunas citas de los dos que, por su mayor parecido formal, descubren la honda huella que los Ensayos dejaron en Feijoo. Ello nos permite sugerir que, a pesar de diferencias radicales debidas principalmente a su distinta actitud religiosa, Feijoo y Montaigne presentan indudables analogías en su manera de pensar, que les llevan a escoger y a expresar sus argumentos de forma muy similar. Por lo que aplicaremos a Feijoo respecto de Montaigne lo que éste dijo respecto a la adopción de ideas ajenas en general: «Las ideas no son más de Platón que mías, si los dos las entendemos de la misma forma. La verdad y la razón son patrimonio de todos y ambas pertenecen por igual tanto al que habló antes como al que habló después».

(63) L. II, chap. XII, Vol. III, pág. 242: «La cause de la fureur populaire c'est que chaque nation déteste les dieux des cités voisines, perusadée que les dieux qu'elle adore sont les seuls véritables».

(64) L. I, chap. XXVI, Vol. I, pág. 274: «On demandait à Socrate d'où il était. Il ne répondit pas: «D'Athènes», mais «Du monde». Lui (...) embrassait l'univers comme sa ville, jetait ses connaissances, sa société et ses affections à tout le genre humain, non pas comme nous qui ne regardons que sous nous».